

La producción de alimentos y el impacto en el medio ambiente

Por Elvio Baldinelli, director del Instituto para el Desarrollo de Consorcios de Exportación de Fundación BankBoston.

En una nota publicada por LA NACION el 26 de marzo último, Mario Vargas Llosa relata cómo el millonario estadounidense Douglas Thompkins invirtió decenas de millones de dólares en la adquisición de un enorme territorio situado en la Patagonia argentina y chilena. Son cerca de trescientas mil hectáreas -casi despobladas- de bosques, lagos y volcanes que Thompkins procura devolver a su estado natural.

El novelista se asombra de la magnitud de la empresa, pero encuentra que se trata de una utopía sin posibilidades de éxito. Tiene razón en lo que dice, pero aún hay más. Norman Borlaug, que obtuvo el premio Nobel en 1970 por su contribución al mejoramiento genético del trigo, sostiene que los grupos extremistas ambientalistas, generalmente provenientes de los países opulentos, claman que el consumidor está siendo envenenado por las actuales tecnologías agrícolas de alta producción.

Pero Borlaug sostiene que no es posible retrasar el reloj para regresar a los años 30, cuando la población mundial era sólo de 2000 millones de personas y se usaban pocos fertilizantes e insumos agrícolas químicos; y termina sosteniendo que no es posible evitar la descomunal tarea de alimentar en el futuro a entre 8000 y 10.000 millones de personas.

Luego de que Borlaug dio esa opinión aparecieron las semillas transgénicas que reportan para varios cultivos ventajas en lo que hace a los costos y volúmenes de producción.

Sin embargo, en algunos países, notablemente en Europa y Japón, hay temores de que las semillas genéticamente modificadas puedan afectar la salud de los consumidores pese a que, hasta ahora, no exista evidencia alguna de que tal circunstancia pueda darse. En los países ricos se aprecian las ventajas que pueden resultar para la salud el consumo de alimentos obtenidos con procedimientos naturales (agricultura orgánica), pero parece ignorarse que sin los adelantos mecánicos, agroquímicos y genéticos no habría posibilidad de alimentar ni a un tercio de la actual población del planeta.

Douglas Thompkins ha elegido, para llevar adelante su experimento de reconquista del medio natural, una zona remota y despoblada. Pero ha dejado de lado otras regiones del planeta, como Nueva Inglaterra en su propio país, donde el hombre blanco taló poblados bosques para destinar la tierra a la agricultura o, más lejos en el tiempo, extensas zonas de Europa en una época también cubiertas de árboles.

El aumento de la población mundial hace necesario producir más alimentos y extraer más materias primas, lo que da origen a daños en el medio ambiente, pero ya se sabe que para hacer una tortilla es menester romper algunos huevos, aunque también sea verdad que para ello no sea necesario convertir en un chiquero la cocina.

Vargas Llosa encuentra utópico el proyecto patagónico, pero es que además, para regresar la naturaleza al estado que tenía al principio de los tiempos, habría que reducir la población mundial a unos pocos centenares de miles de personas. Por ello, más que utopía se trata de un absurdo.

El autor dirige el Instituto para el Desarrollo de Consorcios de Exportación en la Fundación BankBoston. Esta columna se realiza con la colaboración del Instituto de Comercio Internacional de dicha fundación.

Esta columna se realiza con la colaboración del Instituto de Comercio Internacional de la Fundación BankBoston.

LA NACION | 03.05.2005 | Comercio Exterior